

aquella hora de calor, á la sombra, dormían como aletargados, tendidos en el suelo, hombres y mujeres medio desnudos. Algunas mujeres en camisa, acurrucadas y en corro de cuatro ó cinco, fumaban el mismo cigarro, pasándose una á otra y dándole cada una su chupada.

Pululaba una nube de chiquillos desnudos, de color de tierra, la mayoría negros, algunos rubios, de ojos azules. Como si sintieran ya la degradación de su miseria, aquellos chicos no alborotaban ni gritaban.

Unas cuantas chiquillas de diez á catorce años charlaban en grupo. El Bizco y Vidal y los demás las persiguieron por el patio. Corrían las chicas medio desnudas, insultándoles y chillando.

El Bizco contó que había forzado algunas de aquellas muchachitas.

—Son todas puchereras, como las de la calle de Ceres—dijo uno de los Piratas.

—¿Hacen puchereros?—preguntó Manuel.

—Sí; buenos puchereros.

—Pues ¿por qué son puchereras?

—Pu..... lo demás—añadió el chico haciendo un corte de mangas.

—Que son zorras—tartamudeó el Bizco—. Pareces tonto.

Manuel contempló al Bizco con desprecio, y preguntó á su primo:

—¿Pero esas chicas?

—Ellas y sus madres—repuso Vidal con filosofía—. Casi todas las que viven aquí.

Salieron los Piratas de la Casa del Cabrero, bajaron á una hondonada, después de pasar al lado de una valla alta y negra, y por en medio de Casa Blanca desembocaron en el paseo de Yeserías.

Se acercaron al Depósito de cadáveres, un pabellón blanco próximo al río, colocado al comienzo de la Dehesa del Canal. Le dieron vuelta por si veían por las ventanas algún muerto, pero las ventanas estaban cerradas.

Siguieron andando por la orilla del Manzanares, entre los pinos torcidos de la Dehesa. El río venía exhausto, formado por unos cuantos hilillos de agua negra y de charcos encima del barro.

Al final de la Dehesa de la Arganzuela, frente á un solar espacioso y grande, limitado por una valla hecha con latas de petróleo, extendidas y clavadas en postes, se detuvo la cuadrilla á contemplar el solar, cuya área extensa la ocupaban carros de riego, barrederas mecánicas, bombas de extraer pozos negros, montones de escobas y otra porción de menesteres y utensilios de la limpieza urbana.

A uno de los lados del solar se levantaba un edificio blanco, en otra época iglesia ó con-

vento, á juzgar por sus dos torres y el hueco de las campanas abierto en ellas.

Anduvo la cuadrilla husmeando por allí, pasaron los chicos por debajo de un arco, con un letrero en donde se leía: «Depósito de Caballos Padres», y por detrás del edificio con trazas de convento llegaron cerca de unas barracas de esteras sucias y mugrientas: chozas de aduar africano, construídas sobre armazón de palitroques y cañas.

El Bizco entró en una de aquellas chozas y salió con un pedazo de bacalao en la mano.

Manuel sintió un miedo horrible.

—Me voy—dijo á Vidal.

—¡Anda éste!...—exclamó uno con ironía—. Pues no tienes tú poco sorullo.

De pronto otro de los chicos gritó:

—A *najarse*, que viene gente.

Echaron todos los de la cuadrilla á correr por el paseo del Canal.

Se veía Madrid envuelto en una nube de polvo, con sus casas amarillentas. Las altas vidrieras relucían á la luz del sol poniente. Del paseo del Canal, atravesando un campo de rastrojo, entraron todos por una callejuela en la plaza de las Peñuelas; luego, por otra calle en cuesta, subieron al paseo de las Acacias.

Entraron en el Corralón. Manuel y Vidal, después de citarse con la cuadrilla para el domingo siguiente, subieron la escalera hasta la

galería de la casa del señor Ignacio, y cuando se acercaron á la puerta del zapatero oyeron gritos.

—Padre está zurrando á la vieja—murmuró Vidal—. Lo que haya hoy que *jamar* aquí, *pa* el gato. Me marchó á acostar.

—Y yo, ¿cómo voy á la otra casa?—preguntó Manuel.

—No tienes más que seguir la ronda hasta llegar á la escalera de la calle del Aguila. No hay pérdida.

Manuel siguió el camino indicado. Hacía un calor horrible; el aire estaba lleno de polvo; jugaban algunos hombres á los naipes á las puertas de las tabernas y, en otras, al son de un organillo, bailaban abrazados.

Cuando llegó Manuel frente á la escalera de la calle del Aguila, anocheecía. Se sentó á descansar un rato en el Campillo de Gil Imón. Veíase desde allá arriba el campo amarillento, cada vez más sombrío con la proximidad de la noche, y las chimeneas y las casas perfiladas con dureza en el horizonte. El cielo azul y verde arriba se inyectaba de rojo á ras de la tierra, se obscurecía y tomaba colores sinietros, rojos cobrizos, rojos de púrpura.

Asomaban por encima de las tapias las torrecitas y cipreses del cementerio de San Isidro; una cúpula redonda se destacaba recortada en el aire; en su remate se erguía un ange-

lote con las alas desplegadas, como presto para levantar el vuelo sobre el fondo incendiado y sangriento de la tarde.

Por encima de las nubes estratificadas del crepúsculo brillaba una pálida estrella en una gran franja verde, y en el vago horizonte, animado por la última palpitación del día, se divisaban inciertos montes lejanos.



CAPITULO II

El Corralón ó la casa del tío Rilo.—Los odios de vecindad.

Cuando la Salomé terminó su labor de costura y fué á dormir á la calle del Aguila, Manuel pasó definitivamente á sentar sus reales á la casa del tío Rilo, del Arroyo de Embajadores. Llamaban unos á esta casa la Corrala, otros el Corralón, otros la Piltra, y con tantos nombres la designaban, que no parecía sino que los inquilinos se pasaban horas y horas pensando motes para ella.

Daba el Corralón, este era el nombre más familiar de la piltra del tío Rilo, al paseo de las Acacias, pero no se hallaba en la línea de este paseo, sino algo metida hacia atrás. La fachada de esta casa, baja, estrecha, enjalbegada de cal, no indicaba su profundidad y tamaño; se abrían en esta fachada unos cuantos ventanucos y agujeros asimétricamente combinados, y un arco sin puerta daba acceso á un callejón empedrado con cantos, el cual, ensanchado después, formaba un patio circunscrito por altas paredes negruzcas.

De los lados del callejón de entrada subían